



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

PARANORMAL COLOMBIA

MARIO MENDOZA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Fotografía de cubierta:

© 2014, Mario Mendoza

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13:978-958-42-5480-1

ISBN 10:958-42-5480-4

Primera impresión: octubre de 2016

Segunda impresión: marzo de 2019

Tercera impresión: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MARIO MENDOZA (biografía)

Nació en Bogotá en 1964. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), así como *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009), la obra testimonial *La locura de nuestro tiempo* (2010), *Apocalipsis* (2011) y *La importancia de morir a tiempo* (2012). Con el libro de cuentos *La travesía del vidente* obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. Ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás* en 2002.

*Los hombres de más amplia mentalidad saben que
no hay una distinción clara entre lo real y lo irreal.*

HP. LOVECRAFT

ÍNDICE

Prólogo: La guerra.....	11
I: Trascendenz/Q.....	25
II: Las extrañas e insólitas aventuras del jardinero extraterrestre	67
III: Presencias	109
IV: Una alacena con enlatados y agua	143
V: Manuelita Sáenz	171
VI: <i>Outsiders</i>	207
VII: Mensajeros errantes.....	231
VIII: La música de las esferas	255
IX: La Sibila	285
X: El cuerpo y los maestros	309

PRÓLOGO
LA GUERRA

La hipótesis para empezar este libro fue la siguiente: La guerra ha sido tan devastadora, tan cruenta, tan llena de trampas y mentiras, que nos ha obligado a concentrarnos en ella y sus horrores. Y esa guerra tiene varias aristas: gobiernos corruptos atravesados por asesinos y por políticos al servicio de mafias secretas, guerrilleros conformando carteles de traficantes de drogas y secuestrando a los ciudadanos a diestra y siniestra, paramilitares genocidas obsesionados con la sangre y el exterminio, capos, sicarios, torturadores, víctimas por todas partes y en todos los estratos sociales. Una realidad tan siniestra nos ha obligado a directores de cine, pintores, escritores, cronistas y ensayistas a retratar y a reflexionar el entorno para no repetir la historia y para buscar una salida al mismo tiempo. El realismo ha sido nuestra impronta más característica. Ha sido difícil, por no decir casi imposible, escapar de esa percepción y de ese modo de procesar la información.

Sin embargo, mi hipótesis es que en la sombra, en los subterráneos de nuestra sociedad, otras formas de percibir, otros modos de aprehensión del entorno, otros imaginarios han permanecido vivos en ese enorme y rico inconsciente colectivo. Ciertas sabidurías, ciertos cultos, ciertas creencias, ciertas categorías míticas y ciertas elaboraciones arquetípicas están aún aquí, a nuestro alrededor, solo que

no ha habido la disposición ni el espacio cultural suficiente para desenterrarlas y sacarlas a la luz.

Un autor como René Rebetez (viajero, místico, estudioso del esoterismo, maestro sufi, escritor de ciencia ficción) nunca obtuvo el lugar que merecía porque el realismo, justamente, era y sigue siendo la óptica imperante. Supongo que cientos de jóvenes escritores de literatura fantástica o de anticipación no encuentran dónde publicar sus textos porque el realismo es un discurso de poder que les impide a las editoriales y a las revistas abrir sus puertas de par en par.

Quiero aclarar que en ningún momento me ha parecido equivocado que el realismo se haya apoderado de la oficialidad cultural. Ni más faltaba. Hace parte de nuestra historia, de nuestra manera más comprometida y honesta de combatir creativamente una inmediatez sucia y tramposa. Yo mismo he estado en primera línea trabajando a fondo una obra con fuertes tintes de hiperrealismo urbano. No obstante, nunca he perdido de vista esos otros imaginarios, esos otros modos de percepción, esas otras disciplinas de pensamiento que se mueven en las sombras. Y creo que ha llegado el momento de auscultar en ellas, de encender la linterna para echar un vistazo en la oscuridad, de proponer un viaje por el asombro y el misterio. Quizá en ese tránsito mágico hallemos una imagen de nosotros mismos que complementa de alguna manera el rostro dibujado por la guerra. Quizá si dejamos de hablar tanto sobre la guerra los mismos guerreros se sientan menos protagónicos y cambien de oficio. Quizá negarnos a escribir sobre ellos sea una forma de demostrarles que no tienen el control. Quizá si empezamos a soñar con otros asuntos desarticulemos

la guerra y seamos capaces de abrir nuevos espacios para nuestra cotidianidad.

Las puertas de la percepción

Desde la antigüedad ha existido siempre la sospecha de que el cuerpo no logra percibir sino una parte mínima de lo que está allá afuera. Nos hemos entrenado en sobrevivir, en cazar, en recorrer grandes distancias con la tribu durante los inviernos para huir del frío y las heladas. Nuestro cerebro es práctico y nos es útil para alcanzar lo fundamental: seguir con vida y garantizarles un futuro mínimo a las nuevas generaciones. Vemos y oímos y olemos lo que nos conviene, lo que es necesario para nuestra supervivencia.

Sin embargo, sabemos que es así, y que al otro lado de esa inmediatez hay otras realidades, otros mundos. Los chamanes han sido los encargados de adentrarse en esas rutas, de cruzar esos umbrales, de entrenar su cuerpo y su psique para poder viajar por otros estados de conciencia.

Los oráculos de Delfos o de Epidauro eran otorgados por la pitonisa, una mujer que respiraba aromas de plantas alucinógenas sentada en un trípode, y que podía percibir de otro modo porque su mente se ensanchaba más allá de las categorías de espacio y tiempo que regían para el resto de los mortales.

Las brujas medievales, quizá las primeras feministas occidentales, fueron perseguidas, torturadas y quemadas vivas porque propusieron otras formas de aprehensión de lo real opuestas a la Iglesia católica, es decir, opuestas al poder masculino.

Los artistas, siempre atentos a percibir de modos inéditos y renovadores, también han efectuado aventuras asombrosas para salir de las coordenadas permitidas. Los románticos exploraron con derivados del opio y con cáñamos que traían los marineros de sus viajes por Oriente. No en vano Coleridge y Poe escribieron bajo el efecto del láudano y más tarde se fundó el famoso Club del Hashish. Rimbaud llamaría al desorden de los sentidos para alcanzar la videncia y más tarde los surrealistas se sumergirían bajo técnicas distintas en el inconsciente individual y colectivo en busca de nuevas realidades.

No es suficiente con lo que nuestros sentidos perciben cotidianamente. Hay algo más. Allá afuera otras fuerzas están en continuo movimiento. Por eso después de la guerra de Vietnam la psicodelia insiste en emprender viajes que nos conduzcan a nuevas categorías, nuevos preceptos, nuevos conceptos y nuevos afectos. Un hombre nuevo es imposible bajo categorías añejas y oxidadas. Solo arriesgando y explorando internamente podremos ampliar nuestros modos de comunicarnos con las fuerzas que componen el universo.

No en vano Huxley, en *Las puertas de la percepción*, bajo el efecto de la mezcalina, notó que los objetos, debido a su funcionalidad cotidiana, perdían su dimensión sagrada, su hermandad con nosotros. Todo lo usamos, todo es para alcanzar algún beneficio, todo tiene una determinada función, y por eso no nos conmovemos con la redondez plástica y erótica de una taza, no nos damos cuenta de la humildad afectuosa de un asiento ni sentimos la hermandad que nos une con una lechuga o un rábano. De hecho, el

lenguaje revela ese desprecio: “me importa un pepino, me importa un comino”.

Si el cerebro ha creado un filtro para poder codificar lo real, la pregunta obvia es: ¿cómo es el mundo si reducimos o anulamos por completo el poder de ese filtro? ¿Cómo sería la realidad si lográramos percibir *todo*? Quizá uno de los objetivos de la música, de la danza, de ciertos rituales o de la poesía sea justamente ese: sacarnos de la zona de confort y mostrarnos que algo está allá afuera esperando por nosotros.

Diosas madres y sacerdotisas

En las culturas primitivas se admiraba la circularidad femenina como una clave cósmica. Los veintiocho días del ciclo menstrual unían la mujer a los veintiocho días del ciclo lunar. Del mismo modo que el día y la noche se repetían en una secuencia interminable, de la misma manera que las estaciones iban y venían una detrás de la otra, y de la misma forma que los pájaros migraban siempre en la misma época del año en busca de zonas menos gélidas o que los peces o las tortugas iniciaban sus ciclos de fecundación y regeneración, el cuerpo femenino tenía incorporada dentro de sí esa circularidad, esa perfección espacio-temporal.

Admiramos y le rendimos culto durante milenios a diosas madres y sacerdotisas en cuyo regazo encontramos paz y tranquilidad. La famosa Edad de Oro en la que fuimos felices, en la que aún no habíamos sido expulsados del paraíso, se corresponde con esculturas femeninas voluptuosas encontradas en distintos lugares del globo.

En 1862, el historiador francés Jules Michelet escribió un libro magnífico: *La bruja*. Se señala en él una distinción natural entre los dos sexos, y el poder de la mujer como fuerza originadora y preservadora del destino de la humanidad. Las claves de una conexión interdimensional las tiene solo la mujer y no el hombre. Nosotros hemos sido expulsados de esa perfección: no estamos enchufados a los ritmos estelares, no podemos engendrar, no damos vida. Dice Michelet:

Todo pueblo primitivo tiene el mismo principio, según vemos en los viajes. El hombre caza y combate: la mujer se ingenia, imagina; crea sueños y dioses. Es vidente en su ocasión; tiene dos alas infinitas, las alas del deseo y de la soñadora fantasía... Sencillo y conmovedor principio de las religiones y de las ciencias. Después de todo se dividirá: comenzará el hombre especial, juglar, astrólogo o profeta, nigromante, sacerdote, médico... Pero al principio la mujer lo es todo... Una religión fuerte y viva, como lo fue el paganismo griego, comienza por la sibila y acaba con la bruja y hechicera. La primera, hermosa doncella, lo meció a la luz del día, le dio encanto y esplendor; más tarde, decaído, enfermo, en las sombras de la Edad Media, en las landas y en los bosques, fue protegido por la hechicera, que escondiéndolo con piedad intrépida lo alimentó y prolongó su existencia todavía. Así, para las religiones, la mujer es madre, solícita nutriz y guardadora fiel. Los dioses son como los hombres: nacen y mueren en su seno.

Este enorme poder de la mujer lo atribuye Michelet a dos facultades principales, que tienen entre sí una relación de causalidad. “El iluminismo de la locura lúcida”, que corresponde a la segunda visión, a esa capacidad de descubrir y de crear simultáneamente una realidad más allá de las cosas mismas. Es la mirada que inventa y devela, construyendo a su alrededor un nuevo mundo tan válido como el primero. Y “la concepción solitaria”, que se refiere a la partenogénesis o capacidad de la mujer para concebir. Esta fecundidad, según Michelet, se presenta con igual fuerza tanto a nivel corporal como a nivel espiritual. Ella engendra la especie y al mismo tiempo la conecta con lo desconocido, con el misterio, con una realidad paralela que siempre está más allá.

Esta es la causa por la cual es la mujer, y no el hombre, la que posee la revelación mágica del universo. El ciclo femenino se corresponde directamente con la curvatura del espacio y con la circularidad temporal, lo que establece una serie de conductos que unen la mujer a dimensiones invisibles que los hombres perciben con mucha dificultad o no perciben. Ella, y nadie más, puede entablar un diálogo con esa realidad secreta que al hombre le ha sido negada. La mujer lo abarca todo dentro de su círculo, y tanto la humanidad como la cultura “nacen y mueren sobre el pecho de una mujer”.

El machismo y la cultura falocéntrica con su apología de la fuerza bruta, con su control político y religioso siempre en manos de los hombres, con sus superhéroes de músculos abultados, sus metralletas, sus espadas afiladas y sus soldados asesinos no son más que un complejo de

inferioridad. El que no tiene poder interno lo debe buscar por fuera de sí mismo.

Universos paralelos

Creo que todos hemos tenido alguna vez esa sensación de extrañeza, de no encontrarnos del todo cómodos en la realidad, de sospechar que lo que vemos y palpamos no necesariamente es cierto, o que lo es solo en parte. ¿Cómo logra uno transmitir esa intuición a otros? Es imposible. Lo mirarían de manera rara, le recomendarían algún tratamiento o incluso lo mandarían a terapia. Sin embargo, esa impresión tarde o temprano regresa, nos atraviesa, invade todo lo que nos rodea y cuestiona incluso nuestra propia existencia.

Cuando el poeta Arthur Rimbaud llama a los artistas a convertirse en videntes es porque entiende el cuerpo como una máquina experimental de percepción. Al desajustar los engranajes de los sentidos y poner el cuerpo en movimiento, cambia la forma de percibir, y por ende cambia el entorno. Es, en efecto, una entrada a otra realidad. Este cuerpo-tamiz, que es bombardeado por el entorno, es el verdadero lugar en el que se origina el arte. Ya no describir una realidad lejana, distante, pacífica y alejada de todo contacto directo con el cuerpo, sino poner la materia que se es en experimentación, en peligro, y que la realidad llegue al poema o a la tela a través de ese choque de fuerzas. Al igual que los cuadros de Turner, que la tempestad cruce el cuerpo y se haga pintura. Ya no el artista-ojo, sino el artista-pararrayos. Al igual que Van Gogh, ir acercándo-

nos a los trigales hasta quedar inmersos en medio de ellos. Ya no pintamos con los ojos, sino con el cuerpo entero. Ya no vemos el mundo, lo penetramos, ahondamos en él, encontramos agujeros por los cuales nos deslizamos hacia otras dimensiones de lo real. Ya el tiempo no es rectilíneo, sino múltiple, relativo, curvo, sinuoso.

Parece mentira, pero la ciencia contemporánea empieza a urdir teorías que confirman esa sensación. No hay solo una realidad ni un universo. No hay solo un espacio y un tiempo. Después de la teoría de cuerdas vino la teoría de las supercuerdas, y luego la teoría-M o teoría-U, donde las membranas energéticas conforman once dimensiones y múltiples universos paralelos. Sí, así como suena, como si estuviéramos en una realidad creada por Terence McKenna, el padre de la ciencia psicodélica (dice él que, gracias al hecho de que en algún lejano día prehistórico probamos ciertas sustancias alucinógenas, pudimos finalmente modificar nuestro cerebro hasta el punto de ponerlo en contacto con ese holograma plural y palpitante que es el universo).

La ciencia, por fortuna, se parece cada vez más a la ciencia ficción. Lo natural es sobrenatural. Es entonces cuando el artista se parece tanto al mago, al brujo, al clarividente, porque él también vive en una interdimensión, escucha lo que muchas veces no desea, es un testigo de primera mano, convive con presencias que le murmuran escenas o palabras, ve, se anticipa, y quizá por eso mismo tiene la extraña sensación de estar atrapado en una cotidianidad que no le corresponde. Los artistas son parientes cercanos de los chamanes y los profetas. Y si cada obra de arte es un

mensaje que nos llega de un mundo aún desconocido, la pregunta es ¿qué o quién nos está enviando claves desde el otro lado? ¿Qué o quiénes son esas entidades? ¿Dónde está esa otra dimensión que intuimos en el cine, en la música o en la literatura? ¿Lograremos algún día cruzar esos umbrales y vislumbrar el otro lado de la realidad?

Fuerzas

Me gustan las aventuras de los hombres en el mar, desde Ulises en adelante. ¿Por qué me gustan los aventureros solitarios, esos viajeros marítimos que pasan meses y años lejos de sus casas y de su gente? Porque el mar, el ir y venir de las olas cuando se navega, es sinónimo de lo inconcluso, de lo indeterminado, de lo irresoluto. Me gustan las descripciones de los navegantes porque tengo la sensación de que ellos ingresan en una nueva geometría donde las coordenadas tradicionales son alteradas. Creo que ese cambio exterior tiene un equivalente interno, en la psique. El mar es impredecible y sus figuras no son formas delineadas ni compactas.

Me gustan los viajeros que atraviesan el desierto, que cruzan el Sahara o Hyderabad entre huracanes de arena, con sus escasas pertenencias a lomo de camello o sobre sus caballos bien entrenados, que comen lo que llevan en sus tulas, que beben en los oasis que encuentran a su paso, que duermen en tiendas de campaña suspirando bajo la luz de la luna.

En algún poema, Neruda, como Baudelaire, nos habla de las nubes y nos dice que ellas son la bendición secreta

de los extranjeros. ¿Extranjeros de qué, de dónde? Extranjeros de la conciencia, de sí mismos. Los que estamos lejos siempre, al otro lado, difíciles de atrapar. Me gustan también las nubes por la misma razón que me gustan las olas y el desierto: porque conforman fuerzas, no formas. Están en permanente mutación, en metamorfosis, de aquí para allá, mezclándose, amalgamándose. En un mundo donde todos sueñan con estabilidad, con un piso seguro y firme, las nubes y las olas parecen insinuarnos otro camino: el de lo indeterminado.

Cuando camino por la ciudad me fijo mucho en los vagabundos que a veces llegan a dormir al parque Nacional, al parque de los Mártires, a los caños, a los puentes, a las carrileras. Con sus carros de madera, sus perros, su ausencia de trayecto. Duermen donde los coge la noche, no tienen tarjetas de crédito, ni servicios públicos, ni cédula, ni cuentas bancarias, ni domicilio fijo. Están por fuera, desplazándose en una dimensión aparte. En una época que habla de ahorrar, de consolidar un futuro, de armar una vida estable y juiciosa, de vigilar los fondos de pensiones y cesantías, en una época así existen todavía unos hombres que buscan el máximo grado de inseguridad, la inconformidad absoluta, el presente que no anhela ningún grado de responsabilidad. Curioso. Son invisibles, y no porque no podamos verlos, sino porque no están en el sistema, no aparecen en ningún archivo, en ninguna pantalla. A su modo son también aventureros solitarios.

Y así es la mente, como las olas, el desierto o las nubes: errante, curva, retorcida. La mente también es irregular, nómada, como los vagabundos, los beduinos o los navegantes

solitarios. Somos materia y energía, formas y fuerzas, naturales y sobrenaturales simultáneamente. No hay dicotomías. Somos un solo viaje a través de un laberinto que aún no ha sido enunciado.